

Homilía de XXXII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“Ha echado todo lo que tenía para vivir”

Introducción

La Escritura pone hoy ante nosotros la intuición evangélica - ya presente en la tradición profética- de la necesidad que tenemos como creyentes de estar ubicados en el lugar y los valores precisos para que sea posible en nosotros una verdadera recepción de la Palabra.

Sólo quien se acerca al misterio desde el desposeimiento –de sí mismo y de lo suyo- y al lado de los desposeídos, se pone en verdadera disposición de abrirse al cumplimiento de las promesas de vida y plenitud que el Señor nos ofrece.

En nuestro momento histórico se hacen imprescindibles creyentes y comunidades cristianas desinstaladas, capaces de ofrecer al mundo un testimonio de entrega desinteresada. Sólo así podremos ser signo de salvación y testigos de la esperanza cristiana.



Fray Juan Antonio Terrón Blanco
Casa de Stmo. Cristo de la Victoria (Vigo)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del primer Libro de los Reyes 17, 10-16

En aquellos días, se alzó el profeta Elías y fue a Sarepta. Traspasaba la puerta de la ciudad en el momento en el que una mujer viuda recogía por allí leña. Elías la llamó y le dijo: «Tráeme un poco de agua en el jarro, por favor, y beberé». Cuando ella fue a traérsela, él volvió a gritarle: «Tráeme, por favor, en tu mano un trozo de pan». Ella respondió: «Vive el Señor, tu Dios, que no me queda pan cocido; solo un puñado de harina en la orza y un poco de aceite en la alcuza. Estoy recogiendo un par de palos, entraré y prepararé el pan para mí y mi hijo, lo comeremos y luego moriremos». Pero Elías le dijo: «No temas. Entra y haz como has dicho, pero antes prepárame con la harina una pequeña torta y tráemela. Para ti y tu hijo la harás después. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: "La orza de harina no se vaciará la alcuza de aceite no se agotará hasta el día en que el Señor conceda lluvias sobre la tierra"». Ella se fue y obró según la palabra de Elías, y comieron él, ella y su familia. Por mucho tiempo la orza de harina no se vació ni la alcuza de aceite se agotó, según la palabra que había pronunciado el Señor por boca de Elías.

Salmo

Sal. 145, 7. 8-9a. 9bc-10 R/. Alaba, alma mía, al Señor.

El Señor mantiene su fidelidad perpetuamente, hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos. R/. El Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos. R/. Sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente, tu Dios, Sion, de edad en edad. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 9, 24-28

Cristo entró no en un santuario construido por hombres, imagen del auténtico, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros. Tampoco se ofrece a sí mismo muchas veces como el sumo sacerdote, que entraba en el santuario todos los años y ofrecía sangre ajena. Si hubiese sido así, tendría que haber padecido muchas veces, desde la fundación del mundo. De hecho, él se ha manifestado una sola vez, al final de los tiempos, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo. Por cuanto el destino de los hombres es morir una sola vez; y después de la muerte, el juicio. De la misma manera, Cristo se ofreció una sola vez para quitar los pecados de todos. La segunda vez aparecerá, sin ninguna relación al pecado, para salvar a los que lo esperan.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 12, 38-44.

En aquel tiempo, Jesús, instruyendo al gentío, les decía: «¡Cuidado con los escribas! Les encanta pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en las plazas, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran los bienes de las viudas y aparentan hacer largas oraciones. Esos recibirán una condenación más rigurosa». Estando Jesús sentado enfrente del tesoro del templo, observaba a la gente que iba echando dinero: muchos ricos echaban mucho; se acercó una viuda pobre y echó dos moneditas, es decir, un cuadrante. Llamando a sus discípulos, les dijo: «En verdad os digo

que esta viuda pobre ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero esta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir».

Pautas para la homilía

Alcuza vacías

Nos recuerda el episodio de la viuda de Sarepta que la voluntad de Dios sobre el ser humano es siempre una promesa de bienestar y plenitud. La entrega incondicional, la desinstalación, el “dar todo lo que se tiene” tiene como resultado el cumplimiento de esa promesa.

Argumentando en sentido contrario, podríamos decir que no hay más camino para hacer realidad la voluntad salvífica de Dios que esa primera “kénosis”, ese abandonarse desde la esperanza, en la confianza de que la promesa se haga verdad en nosotros.

Dios sale a nuestro encuentro desinstalándonos, sacándonos de nuestras pequeñas seguridades, para abrirnos a un futuro de plenitud que únicamente somos capaces de entrever –contra toda evidencia- desde la fe.

En este tiempo de “alcuzas vacías” para millones de seres humanos condenados a una existencia precarizada y despojada de dignidad, la Palabra alumbra el caminar del creyente. Se nos propone el “decrecimiento” voluntario, la puesta a disposición del hermano, la entrega radical como único medio de allanar la llegada del Reino en su plenitud. Solamente donde existen discípulos y comunidades dispuestas a vaciarse de sus bienes, de su orgullo, de su posición, se hace presente el Señor que libera al cautivo, el que ama al justo. El Señor que endereza nuestros caminos.

Morir una sola vez

La carta a los Hebreos nos habla de las dos venidas del Señor. Esperamos ese tiempo de salvación definitiva. Un mundo nuevo en el que veremos colmadas nuestros anhelos de una realidad distinta y mejor para todos. Y mientras tanto, es el tiempo de los creyentes, el tiempo de la esperanza, la hora del Espíritu.

Una vez más, la Palabra nos urge a acoger la llamada a ser protagonistas de nuestro momento histórico, desde una actitud de abandono que nos haga capaces de abrirnos a la búsqueda de aquello que se nos promete.

En nuestro contexto socioeconómico, ese destino del que nos habla la Palabra, ese “morir una sola vez”, parece una quimera inalcanzable para tantas hermanas y hermanos que llevan en su existencia la condena a la muerte lenta y reiterada del abandono y la exclusión.

Son ellos, los olvidados, quienes poco o nada tienen que perder, quienes acaso están en mejor disposición de enarbolar la bandera de la esperanza en esa otra realidad posible. Nosotros, tantas veces confiados en otros salvadores, en tantas ocasiones satisfechos de nosotros mismos, quizás hayamos perdido el horizonte y la capacidad de escucha de la verdadera liberación que el Señor nos ofrece.

Una sentencia rigurosa

El evangelista Marcos, actualizando el episodio de la viuda del libro de los Reyes, nos habla precisamente de esa actitud imprescindible en todo creyente. Frente al rigorismo y la ley, el Señor apoyándose en el testimonio de la sencilla limosna de la viuda, marca el camino a los discípulos haciéndoles reconducir su mirada: es sólo la verdad del corazón la que nos acerca a Dios. Cuando el ansia de poder, la búsqueda de notoriedad se convierten en el centro de nuestro horizonte vital, nos inhabilitamos para el encuentro con la potencialidad liberadora del mensaje cristiano.

La misma intuición nos proponían en la segunda mitad del siglo XX algunos teólogos latinoamericanos al decir que la “salvación viene de abajo, del pobre”. De ese mundo provienen elementos e impulsos de salvación que difícilmente podemos encontrar en otros entornos. Los portadores simbólicos de la salvación son lo pobre y lo pequeño, como el siervo sufriente y mesías crucificado (cf. Jon Sobrino)

Ha tenido éxito entre nosotros la expresión del Papa Francisco en la que nos propone la construcción de una “Iglesia en salida”. Además de incidir en la vertiente misionera de la comunidad cristiana, la expresión acoge también el sentido de presentar a una Iglesia desinstalada, despojada, voluntariamente empobrecida para hacer más creíble su mensaje y como signo de cercanía y acogida de las víctimas de la “cultura del descarte” (nuevamente en palabras de Francisco) en la que vivimos.

Una mirada sincera a nuestra realidad personal y eclesial quizás nos haga temer –como a aquellos escribas del evangelio- una sentencia rigurosa del Señor.



Fray Juan Antonio Terrón Blanco
Casa de Stmo. Cristo de la Victoria (Vigo)

Evangelio para niños

XXXII Domingo del tiempo ordinario - 11 de noviembre de 2018



El óbolo de la viuda

Marcos 12, 41-44

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, estando Jesús sentado enfrente del cepillo del templo, observaba a la gente que iba echando dinero; muchos ricos echaban en cantidad; se acercó una viuda pobre y echó dos reales. Llamando a sus discípulos, les dijo:- Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir.

Explicación

Para que sus amigos no se dejaran influir por las apariencias, Jesús sentado frente al Templo de Jerusalén, les invitó a observar. Así pudieron ver a gente muy importante echando cantidades grandes de dinero como donativo o limosna. Y decían al verlo: ¡Cuánto dinero dan para el Templo! Sólo se fijaban en los que echaban mucho y llamaban la atención. Sin embargo, cuando se acercó una viejecita Jesús les dijo: No perdáis de vista a esa mujer viuda y pobre, que ha puesto dos monedas en la hucha de las limosnas, porque ella es la que más ha dado. ¿Por qué dices eso, Jesús? Le preguntaron sus discípulos. Y él contestó: Porque todos echan de lo que les sobra, pero ella da lo que necesita para vivir. Ellos dan un poco. Ella lo da todo. ¿Entendéis?

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: Aquel día estaba Jesús con sus amigos a la entrada del templo.

Jesús: Mirad en esa plaza, ¿qué veis?

Niño1: Gente importante que compra en el mercado.

Niño2: ¡Y que se llena la tripa en los banquetes!

Niño3: Y que entra a rezar al templo.

Jesús: ¿Os parece que se comportan bien?

Niño1: A mí me parecen bastante presumidos.

Niño2: Yo diría que son unos abusones.

Niño3: ¡Claro!, abusones y unos orgullosos.

Jesús: Yo os digo: cuidado con los letrados, les encanta pasearse con trajes elegantes y que les hagan reverencias en las plazas. Buscan los primeros puestos en los templos y en los banquetes y se quedan con el dinero de las viudas. ¡Esos sí que serán condenados! Y ahora, ¿qué veis ahora?

Niño1: Tres señores importantes y una pobre viuda entrando en el templo.

Jesús: ¿Queréis preguntarles por qué dan limosna y lo que dan?

Niño2: ¡Claro que sí, Maestro!

Narrador: Los niños van y preguntan a las personas del templo. Y a la vuelta se lo cuentan a Jesús.

Jesús: A ver, ¿qué os han contado?

Niño3: A mí me ha dicho que ha dado 12 € porque le sobra el dinero.

Niño1: A mí, que ha dado 6 euros porque se lo prometió a Dios.

Niño2: A mí me dijo que dio 8 € para que lo vean y se lo agradezcan.

Niño3: Pues a mí, la viuda me dice que ha dado muy poquito, unos céntimos de euro porque es pobre y no tiene más.

Jesús: Amigos, esa pobre viuda ha echado en la bandeja más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra y ella ha echado todo lo que tenía para vivir.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández